

que es como el esfuerzo supremo de su desesperación y de su genio (1). Le traduzco casi íntegro; lo merece. En ninguna literatura conozco nada semejante.

«Es un triste espectáculo [para los que se pasean por esta gran ciudad, ó viajan por el campo, ver en las calles, en los caminos y en las puertas de las cañas, multitud de mendigos, seguidos de tres, cuatro ó seis niños, todos harapientos, é importunando á todo viajero para que les den limosna... Supongo que todos los partidos convienen en que ese número prodigioso de niños es hoy, en el deplorable estado de este reino, una gran carga más; por consiguiente, el que pudiese descubrir un medio honroso, económico y fácil de transformar esos niños en miembros útiles de la comunidad, prestaría tan gran servicio al público que merecería una estatua como salvador de la nación. Voy, pues, á proponer humildemente mi idea, que supongo no habrá de suscitar la menor objeción.»

Quando se conoce á Swift, da miedo semejante manera de empezar.

«Un americano á quien conozco en Londres, persona muy inteligente, me asegura que, al año de edad, un niño de buena salud y de buenas carnes, asado, estofado ó cocido al horno, es un manjar delicioso, succulento y sano; y para mí es indudable que lo mismo servirá frito ó en cualquier guiso.

»Yo someto, pues, al público humildemente esta consideración: que, de los ciento veinte mil niños ya computados, podrían reservarse veinte mil para la reproducción de la especie—una cuarta parte de ellos

(1) «Proposición modesta para impedir que los hijos de los pobres de Irlanda sean una carga para sus padres y su país, y hacerlos útiles al público.» 1729.—Swift se volvió loco algunos años después.

varones,—y que los otros cien mil, á la edad de un año, podrían ofrecerse en venta á las personas de calidad y de fortuna de todo el reino, advirtiéndose siempre á la madre que los hiciese mamar abundantemente el último mes, á fin de que estuviesen gordos y mantecosos para las buenas mesas. Un niño haría dos platos en una comida de convidados; cuando la familia comiese sola, el cuarto delantero ó trasero constituiría un plato muy regular, y, sazonado con un poco de sal ó pimienta, estaría muy bien, cocido, al cuarto día, sobre todo en invierno.

»Según mi cuenta, un niño que al nacer pesa doce libras, al año, si se le alimenta regularmente, puede llegar á veintiocho.

»He calculado también que el sustento del hijo de un mendigo (y coloco en esta categoría á todos los *cottagers*, jornaleros y á las cuatro quintas partes de los labradores) cuesta unos 2 chelines al año, incluyendo los andrajos, y creo que ningún *gentleman* reparará en dar 10 chelines por el cuerpo de un niño rollizo, que le proporcionará cuatro platos, por lo menos, de excelente alimento nutritivo.

»Los que sean más económicos (y confieso que los tiempos lo piden) podrán desollar al niño, y la piel, convenientemente preparada, servirá para hacer guantes admirables de señora y botas de verano para los caballeros elegantes.

»En cuanto á nuestra ciudad de Dublín, podrán habilitarse en ella mataderos á propósito en los sitios más convenientes; carniceros podemos estar seguros que no han de faltar; pero yo recomendaría más bien que se comprasen los niños vivos, y se aderezase la carne acabada de salir del cuchillo, como se hace con los lechones asados.

»Creo que las ventajas de este proyecto son múltiples, notorias y de la más alta importancia.—En primer término, disminuirá mucho el número de papistas, que nos abrumba de año en año, porque son los principales procreadores de la nación.—En segundo lugar, como el mantenimiento de cien mil niños de dos años en adelante no puede calcularse en menos de 10 chelines anuales por cabeza, la riqueza de la nación tendría un aumento de 50.000 guineas anuales, amén de la ventaja de introducir un nuevo plato en las mesas de todos los *gentlemen* de fortuna y de gusto algo delicado. Y el dinero no saldría de nosotros, toda vez que el producto era de nuestra cosecha y de nuestras manufacturas.—En tercer lugar, se fomentaría así el matrimonio, que todas las naciones ilustradas han estimulado con recompensas ó garantizado con leyes y penalidades. Las madres multiplicarían los cuidados y la solicitud para con sus hijos en cuanto contasen con una asignación para las pobres criaturas, instituida en cierto modo por el público mismo.—Se podrían enumerar otras muchas ventajas, por ejemplo: la adición de algunos millares de reses á nuestra exportación de carne en barril, la expedición más abundante de cerdo, el perfeccionamiento del arte de hacer buenos jamones; pero omito estas y otras muchas cosas en gracia de la brevedad.

»Algunas personas apocadas se preocupan también del gran número de pobres viejos, enfermos ó lisiados, y me piden que piense una manera de librar á la nación de carga tan penosa; pero yo no veo ahí motivo para preocuparse, porque se sabe muy bien que mueren á diario de frío, de hambre, de suciedad y de miseria, todo lo de prisa que razonablemente cabe esperar. Y en cuanto á los jornaleros jóvenes, su estado autoriza

esperanzas semejantes: no pueden encontrar trabajo, y, por consiguiente, se debilitan por falta de alimento hasta tal punto que, si á veces se los contrata por casualidad como peones, no tienen fuerzas para acabar su trabajo. Así, el país y ellos mismos se encuentran afortunadamente libres de todos los males futuros.»

Y acaba con esta ironía de caníbal:

«Declaro con toda la sinceridad de mi corazón que no tengo el menor interés personal en la realización de esta obra saludable, ni otro motivo que el bien público de mi país. Yo no tengo hijos de quienes pueda esperar sacar un cuarto, porque el más joven cuenta nueve años, y mi mujer ha pasado de la edad de concebir.»

Se ha hablado mucho de los grandes hombres desgraciados, de Pascal, por ejemplo. A mí me parecen suaves sus gritos y sus angustias al lado de esta tranquila disertación.

Tal es este grande y desgraciado genio, el más grande de la edad clásica, el más desgraciado de la historia, genio completamente inglés á quien inspiró y devoró el exceso de sus cualidades inglesas, de la profundidad de deseos que constituye el fondo de la raza, del enorme orgullo que el hábito de la libertad, del mando y del éxito ha infundido en la nación, de la solidez del espíritu positivo que la práctica de los negocios ha arraigado en el país; genio apartado del poder y de la acción por sus pasiones desencadenadas y su fiera soberbia; excluido de la poesía y de la filosofía por la lucidez y la estrechez de su juicio; privado de los consuelos que ofrece la vida contemplativa y de la ocupación que proporciona la vida práctica; demasiado superior para abrazar de corazón una secta religiosa ó un partido político, demasiado limitado

para hallar reposo en las altas doctrinas que concilian todas las creencias ó en las amplias simpatías que envuelven á todos los partidos; condenado por su naturaleza y las circunstancias á combatir sin amar una causa, á escribir sin apasionarse del arte, á pensar sin alcanzar un dogma: *condottiere* contra los partidos, misántropo contra el hombre, escéptico contra la belleza y la verdad. Pero esas mismas circunstancias y esa misma naturaleza, que le apartaban de la felicidad, del amor, del poder y de la ciencia, le elevaron, en aquella edad de imitación francesa y de moderación clásica, á una altura extraordinaria, en que, por la originalidad y el poderío de su invención, iguala á Byron, á Milton y á Shakespeare, y manifiesta en alto relieve el carácter y el espíritu de su nación. La sensibilidad, el espíritu positivo y el orgullo le forjaron un estilo único, de una vehemencia terrible, de una sangre fría abrumadora, de una eficacia práctica, impregnado de desdén, de verdad y de odio, puñal de venganza y de guerra, cuya punta y cuyo veneno hacen gritar y morir á sus enemigos. Escritor satírico contra la oposición y el gobierno, desgarró ó aplastó á sus adversarios con su ironía ó sus sentencias, en tono de juez, de soberano y de verdugo. Hombre de mundo y poeta, inventó la burla atroz, la risa fúnebre, la alegría convulsiva de los contrastes amargos, y, arrastrando como un pingo obligado la vestimenta mitológica, se creó una poesía personalísima por la pintura de los detalles crudos de la vida trivial, por la energía de los cuadros grotescos dolorosos, por la revelación implacable de las inmundicias que ocultamos. Filósofo contra toda filosofía, creó la epopeya realista, parodia grave, deducida como una geometría, absurda como un sueño, creíble como un proto-

colo, atractiva como un cuento, envilecedora como una rodilla puesta á guisa de corona sobre la cabeza de un dios. Esas son sus miserias y sus fuerzas; se sale de tal espectáculo con el corazón oprimido, pero lleno de admiración, y se dice uno que un palacio es hermoso, aun ardiendo; habrá artistas que añadan: «sobre todo ardiendo.»